»mo; y así es preciso mantenerla con mi valor »y conducta, porque todo lo demas es muy »endeble. Tambien sé, oh Quirites, que toda »Roma tiene puesto en mí los ojos; que la »gente de bien me favorece, porque ve que »mi proceder trae gran cuenta á la Repúbli- »ca; que por el contrario, la nobleza busca »portillo por donde entrarme. Por lo mismo, »debo yo insistir con más empeño en que vos- »otros no quedeis burlados, y ellos en vano se »fatiguen. Tal me he portado desde mi niñez »hasta este punto, que no hay trabajo ni pe- »ligro á que no esté acostumbrado. Lo que he »hecho, pues, de mi buen grado ántes de es- »taros en tanta obligacion, no hayais miedo, »Quirites, que deje de hacerlo despues del »honor que he recibido. Para aquellos es di- »fícil contenerse en los empleos, que por la »ambicion de alcanzarlos se vendieron por »buenos; en mí, que he pasado toda mi vida »en las más nobles ocupaciones, la costum- »bre de bien obrar ha venido ya á ser natu- »raleza. Habeisme mandado hacer la guerra »á Jugurta, lo que la nobleza ha llevado muy »mal. Reflexionad, os ruego, si será mejor re- »vocarlo y que encargueis un negocio de esta »naturaleza á alguno de aquel corrillo de no-

»bles, quiero decir, á uno de linaje antiguo, »y que tenga muchas estatuas de sus mayo- »res, pero que jamás haya militado; para que »puesto en él se turbe, se apresure sin saber »qué hacerse, y eche mano del primero que »encuentre para que le enseñe su oficio. Así »sucede muchas veces, que á quien vosotros »habeis cometido el mando, busca otro que le »mande á él. De algunos sé yo, oh Quirites, »que despues de Cónsules comenzaron á leer »los hechos de nuestros mayores y la disci- »plina militar de los Griegos: hombres que »todo lo invierten. Porque aunque en el ór- »den del tiempo, primero es lograr un em- »pleo que ejercerle, el modo de portarse bien »y provechosamente en él debe saberse án- »tes. Comparad, pues, ahora, Quirites, á un »hombre de fortuna, cual yo soy, con la alta- »nería de estas gentes. De lo que ellos suelen »leer ú oir, parte he visto, parte he ejecutado »por mí mismo: lo que ellos leyendo, yo lo he »aprendido militando: juzgad, pues, ahora si »han de estimarse más las obras ó las pala- »bras. Desprecian en mí la falta de nobleza; »yo en ellos la sobra de flojedad: á mí se me »echa en cara mi nacimiento; á ellos sus mal- »dades; bien que, segun entiendo, la calidad

»es una y general en todos, y el que tiene »más valor ese es el más noble. Y si no, si se »pudiese hoy preguntar á los padres de Al- »bino y Bestia á quién quisieran más tener »por hijo, á mí ó á ellos, ¿qué creeis que ha- »bian de responder sino que querian por »hijos los mejores? Si tienen pues razon para »despreciarme á mí, desprecien tambien á »sus antepasados, cuya nobleza, así como la »mia, comenzó en ellos por su valor. Si me »envidian el honor que tengo, envidien tam- »bien mis trabajos, mi conducta y los peligros »en que me he visto, pues por tales medios »lo he adquirido. Pero estos hombres corrom- »pidos por su soberbia, así viven como si no »quisieran vuestros empleos; y despues así los »solicitan como si hubieran vivido bien. Mas »¡oh cuánto se engañan, creyendo que pueden »lograr juntas dos cosas tan repugnantes »entre sí como son el deleite de la ociosidad »y el premio de la virtud! Y tienen aún valor »cuando arengan en vuestra presencia, ó en »el Señado, para ensalzar prolijamente á sus »mayores, creyendo que la memoria de sus »grandes hechos les hará á ellos más ilustres, »lo que es muy al contrario. Porque cuanto »la vida de aquellos fuese más esclarecida,

»tanto es más reprehensible la pereza de es- »tos. Y en la realidad ello es así: la gloria »de los mayores es para sus descendientes »una antorcha, que no permite que sus vir- »tudes ni sus vicios estén ocultos. Yo nada de »esto tengo, oh Quirites; pero puedo referir mis »hazañas, que vale mucho más. Ved, pues, »cuán injustos son, que lo que se atribuyen »ellos á sí por la virtud ajena, no quieren »concedérmelo á mí por la propia. ¿Y por qué? »Porque no tengo en mi casa estatuas, y por- »que mi nobleza es de ayer; siendo cierto que »es mejor adquirírsela uno por sí mismo, que »haber corrompido la que heredó. Ni ignoro »que si quieren satisfacerme, tendrán á mano »una oracion copiosa y limada. Mas puesto »que toman ocasion de la gran merced que »me habeis hecho para despedazar en todas »partes con dicterios vuestro honor y el mio, »no me ha parecido razon callar; no haya »quien atribuya mi silencio á remordimiento »ó culpa. A mí en la realidad, segun me sien- »to, nada de cuanto digan puede dañarme; »porque si hablan verdad, han de hablar bien; »si no, los desmentirá mi vida y mis costum- »bres. Pero vosotros, cuya resolucion de ha- »berme honrado y puesto á mi cargo el ne-

»gocio de más peso se acusa igualmente,
»pensad una y otra vez si convendrá revo-
»carla. Porque á la verdad yo no puedo pre-
»sentar en abono mio estatuas, ni triunfos, ni
»consulados de mis mayores; pero, si fuere
»necesario, presentaré lanzas, banderas, jae-
»ces y otros dones militares; y además de esto
»heridas recibidas pecho á pecho. Estas son
»mis estatuas, esta mi nobleza, no como ellos
»la tienen heredada, sino adquirida á costa
»de grandes trabajos y peligros. No son mis
»palabras aliñadas, ni hago de esto caso; harto
»se descubre la virtud por sí misma. Ellos sí
»que necesitan de artificio para encubrir sus
»maldades con arengas estudiadas. Ni tam-
»poco he aprendido la lengua griega, ni que-
»rido perder en ello el tiempo; porque veia
»que los que la sabian, no por eso fueron me-
»jores. Lo que sí he aprendido cuidadosamente
»es lo que importa más á la República: herir
»al enemigo, ganar ó defender una plaza, no
»temer cosa alguna sino la infamia, sufrir
»igualmente el frio y el calor, dormir en el
»suelo y luchar á un mismo tiempo con la
»hambre y el trabajo. Con este ejemplo ani-
»maré yo á los soldados; ni los trataré á ellos
»mal, y á mí con opulencia; ni convertiré en

»alabanza mia su trabajo. Este es el gobierno
»útil, y el propio de un ciudadano; porque
»regalarse un General, y tratar con rigor á
»sus soldados, no es portarse segun su oficio,
»sino como dueño absoluto. Por estos y otros
»tales medios, oh Quirites, se engrandecieron
»vuestros mayores á sí mismos y á la Repú-
»blica; y apoyada en ellos la nobleza, sin em-
»bargo de lo desemejante de sus costumbres,
»me desprecia á mí, que procuro imitarlos, y
»os pide los empleos no como recompensa del
»mérito, sino como cosa debida á su naci-
»miento. Pero en esto los engaña mucho su
»vanidad. Sus mayores les dejaron cuanto
»pudieron: riquezas, estatuas y una clara me-
»moria de sí mismos; virtud no les dejaron,
»ni podian. Esta sola es la que ni se regala,
»ni se hereda. Dicen de mí que soy hombre
»rústico y sin cultura, porque no pongo una
»mesa con primor, ni mantengo truhanes, ni
»doy más salario al cocinero que al que cuida
»de mis labranzas; lo que yo os confieso de
»buena gana, Quirites. Porque oí á mi padre
»y á otros graves varones, que estas delica-
»dezas son propias de mujeres, y el trabajo
»de hombres; que la gente de bien debe tener
»mayor caudal de gloria que de riquezas, y

»que sus armas, no los muebles preciosos, han »de ser su principal adorno. Hagan, pues, en »hora buena lo que les place y en lo que tie»nen puestas sus delicias; amen, beban, pa»sen su vejez donde tuvieron la juventud, »esto es, en banquetes, entregados á la gula »y la lascivia, y dejen para nosotros el sudor, »el polvo y los trabajos, que nos son más sua»ves que las viandas delicadas. Pero no es esto »lo que quieren, sino despues de haber man»chado vergonzosamente su honor con mil »infamias, solicitan quitar de las manos los »premios á los buenos. De esta suerte, contra »toda razon y justicia, los que se abandona»ron á los detestables vicios de la pereza y la »lujuria, nada pierden por ello; y quien vie»ne al fin á pagarlo es la República inocente. »Ahora, pues, que he satisfecho á los cargos »que los nobles me hacen, aunque no segun »merecian sus maldades, sino segun lo lle»van mi moderacion y genio, diré algo de lo »que pertenece á la República. Lo primero, »en cuanto á la Numidia, buen ánimo, Quiri»tes; pues lo que hasta ahora ha sido favora»ble á Jugurta, quiero decir, la avaricia, la »ignorancia del arte militar y la soberbia, lo »habeis todo apartado de vosotros. El ejército

»que allí teneis es práctico del terreno y va»leroso, aunque á la verdad no igualmente »afortunado, por haber la codicia ó temeridad »de sus Capitanes quitádole gran parte de »su fuerza. Y así vosotros, que estais en la flor »de la edad para las armas, esforzaos con»migo, y tomad á vuestro cargo la defensa de »la patria, sin que en manera alguna os aco»barde la desgracia ajena ó la soberbia de »los pasados Generales. Yo, yo estaré siempre »á vuestro lado en las filas y en la batalla, »por vuestro consultor y compañero en los »peligros; ni cuidaré más de mí que de vos»otros. Y á la verdad, mediante el favor de los »Dioses, tenemos á la vista la victoria, la presa »y la alabanza; lo que, aunque no fuese así, »y estuviese muy remoto, sería justo que los »buenos ciudadanos socorriesen á su Repú»blica. Nadie hasta ahora por cobarde evitó »la muerte; ni padre alguno ha deseado que »sus hijos fuesen eternos, sino que fuesen »buenos y viviesen con honor. Más dijera, »oh Quirites, si las palabras diesen valor á »los medrosos; para los esforzados creo que »baste.»

Mario, acabada su oracion, viendo que la plebe estaba dispuesta y animosa, embarca

sin perder tiempo el bastimento, la paga militar, las armas y lo demas que cree conveniente; y hace partir con ello á Aulo Manlio, su Legado. Entre tanto, alistaba gente, pero no segun la costumbre de los mayores, ni precisamente de las clases, sino segun se le presentaba cada uno, y áun de los que por no tener bienes pagaban tributo por sus personas. Esto decian unos que se hacía á falta de buenos; otros lo atribuian á ambicion del Cónsul, por ser esta gente á quien debia su fama y sus aumentos, y para el que aspira al mando, nadie es más á propósito que el más necesitado; porque quien no tiene, nada aventura, y como haya ganancia de por medio, todo le parece bien. Mario, pues, habiéndose embarcado con alguna más gente que se le habia concedido, llegó en pocos dias á Utica, donde el legado Publio Rutilio le entregó el ejército, porque Metelo habia evitado el encuentro de Mario, por no ver por sus ojos lo que ni por relacion habia tenido valor para sufrir.

Pero el Cónsul, despues de haber completado las legiones y las cohortes auxiliares, encamínase á una campaña fértil y llena de despojos, y concede toda la presa á los soldados. Asalta despues de esto algunas villas y ciudades poco fortalecidas por su sitio ó por falta de guarnicion; tiene varios choques y otras ligeras refriegas con el enemigo en diferentes partes; con lo que los bisoños iban perdiendo el miedo, y echaban de ver que los que huian eran regularmente presos ó muertos y al contrario los más esforzados los que mejor libraban; en suma, que con las armas se aseguraba la libertad, la patria, las familias y cuanto habia, y que por su medio se adquiria gloria y riquezas. De esta suerte en breve tiempo nuevos y veteranos se incorporaron, haciéndose todos iguales en valor. Los reyes por su parte, cuando supieron la llegada de Mario, fuéronse cada cual por su lado á lugares fragosos y ásperos. Este fué consejo de Jugurta, el cual creyó que dando algun tiempo á los enemigos se derramarian, y podrian ser asaltados; porque se figuraba que los Romanos, depuesto el primer miedo, andarian, como regularmente sucede, más libres y con ménos disciplina.

En este tiempo Metelo, que habia partido para Roma, fué, contra lo que esperaba, recibido en ella con las mayores demostraciones de alegría, no sólo de los nobles, sino

tambien de la plebe, que igualmente le amaba despues que cesó el motivo del disgusto. Pero Mario observaba á un mismo tiempo con gran cuidado y prudencia sus cosas y las del enemigo; instruíase en lo que se hallaba, bueno y malo, en ambos ejércitos; exploraba las marchas de los reyes; preveníase contra sus designios y asechanzas, sin permitir que hubiese el menor descuido en su campo, ni un momento de seguridad en el del enemigo. De esta suerte en varias ocasiones acometió y derrotó á los Getúlos y á Jugurta, al volver de sus correrías en tierra de nuestros confederados; y al mismo Jugurta le obligó, no léjos de Cirta, á que arrojase las armas por salvarse. Pero conociendo que esto sólo le conciliaba crédito, mas no era parte para acabar la guerra, resuelve ganar ó atraer á su partido una á una las ciudades que por su gente ó su situacion eran para él de estorbo y de gran ventaja para los enemigos, persuadido á que Jugurta perderia el apoyo de aquellas plazas si no acudia al socorro, ó vendria con él á las manos; porque Boco le habia enviado varias veces á decir, «que queria ser amigo del Pue»blo romano; y así que no temiese por su

»parte hostilidad alguna.» Si esto fué fingimiento para hacernos más daño dejándose caer de improviso, ó ligereza y facilidad suya en abrazar la paz ó la guerra, no puedo asegurarlo.

Pero el Cónsul, segun habia resuelto, se presentaba delante de las ciudades y lugares fuertes; y parte por las armas, parte con promesas ó amenazas, procuraba apartarlos del enemigo, sin querer al principio empeñarse en cosas de consideracion, creyendo que Jugurta, por defender á los suyos, vendria con él á batalla. Pero cuando supo que estaba léjos de allí y que entendia en otros negocios, juzgó que era ya tiempo de emprender cosas mayores y de más dificultad. Habia entre unos desiertos grandes una ciudad populosa y fuerte, llamada Capsa, fundacion que decian ser de Hércules Líbico. Sus habitadores eran libres de tributos, y tratados por Jugurta con blandura; por lo que estaban en concepto de muy fieles. Defendíanlos del enemigo no sólo sus murallas, sus armas y su gente, sino áun más que esto lo inaccesible de aquel sitio; porque, á excepcion de los contornos de la ciudad, todo lo demas estaba yermo, inculto, falto de agua é infestado de

serpientes, cuya actividad, como sucede en las demas fieras, es mayor cuando las falta el pasto; pero más en las serpientes, porque nada irrita tanto su natural ponzoña como la sed. Tenía gran deseo Mario de hacer esta conquista, ya por lo que conduciria para acabar la guerra, ya porque era empresa muy ardua. Contribuia tambien el haber Metelo con gran gloria suya conquistado á Tala, que en el sitio y fortificacion no era desemejante, sólo que en Tala habia algunas fuentes cerca de sus muros, y en Capsa no habia sino una, y esa dentro de la ciudad, cuya agua bebian los vecinos, sirviéndose de la llovediza para los demas usos. Esta escasez de agua, así en aquel sitio como en el resto del Africa distante de la costa y ménos habitada, para los Númidas era llevadera, por ser su ordinario alimento leche y carne de fieras, sin sal ni condimento alguno que irritase la gula, y por servirles sólo la comida de reparo contra el hambre y la sed, no de fomento al apetito y al deleite.

El Cónsul, pues, aunque sabía todas estas cosas, confiando, á lo que yo juzgo, en el favor de los Dioses (porque, á la verdad, contra tantas dificultades no habia prudencia

humana que bastase, pues comenzaba tambien á faltarle el trigo, por cuidar más los Númidas de los pastos para sus ganados que de la labor, cuanto se habia cogido lo habia mandado guardar el Rey en lugares fortalecidos, y la campaña estaba en aquel tiempo seca y pelada, por ser el fin del estío), da, sin embargo, sus providencias lo mejor que puede, acomodándose al tiempo; encarga á la caballería auxiliar el ganado que los dias pasados se habia tomado, para que lo guardase y condujese; ordena que Aulo Manlio su Legado vaya con la infantería ligera á la ciudad de Laris, donde habia puesto la casa militar y los almacenes, y le ofrece que dentro de pocos dias se alargará él hasta allá corriendo la campaña. De este modo, sin manifestar su designio, se encamina al rio Tana.

Pero en su marcha iba todos los dias repartiendo entre el ejército el ganado por compañías y escuadrones igualmente, y encargaba que de los cueros se hiciesen odres; con lo que á un mismo tiempo suplia la falta de trigo, y sin que nadie lo entendiese, iba previniendo lo que despues le habia de servir; de suerte que cuando llegó al rio, despues de seis dias de camino, se habia juntado

una copia inmensa de odres. Sentados allí y fortificados ligeramente los reales, manda que los soldados coman y estén prevenidos para marchar al ponerse el sol, y que descargando todo el bagaje, lo carguen solamente de agua, y ellos lleven tambien la que pudieren. Despues, cuando le pareció que era ya tiempo, sale de sus reales, y habiendo caminado la noche entera, descansó por el dia. Lo mismo ejecutó la siguiente noche; pero en la tercera, mucho ántes que amaneciese, llegó á un terreno desigual y caprichoso, que no distaba de Capsa sino dos millas, donde hizo alto con todo el ejército, procurando ocultarse lo más que pudo. Ya que hubo amanecido, y que los Númidas, sin el menor recelo del enemigo, salieron en gran copia de la ciudad, manda de repente que la caballería toda y los de á pié más expeditos vayan á carrera tendida á Capsa y cojan las avenidas de las puertas. Sígueles luégo él mismo á gran prisa, sin permitir que los soldados se detengan en el despojo. Visto esto por los ciudadanos, la turbacion, el miedo grande, la desgracia improvista, y el ver ya parte de los suyos fuera de las murallas y en poder del enemigo, les obligaron á rendirse. Sin

embargo, la ciudad fué abrasada, los Númidas de catorce años arriba muertos, el resto vendidos y la presa repartida entre los soldados. Este rigor, contra el derecho de la guerra, no se ejecutó por avaricia ni otra culpa del Cónsul, sino por ser el lugar á propósito para Jugurta, para nosotros de difícil acceso, y la gente de suyo infiel y voluble, á la que hasta entónces ni los beneficios ni el miedo habian contenido en su deber.

Despues que Mario, sin pérdida alguna de los suyos, acabó una empresa tan ilustre, su fama, que ya era grande, comenzó á crecer y ensalzarse sobremanera; de suerte que áun las cosas resueltas con poco acuerdo, como salian bien, se atribuian á su valor; los soldados, tratados con blandura y al mismo tiempo ricos con las presas, lo ponian en las nubes; los Númidas lo respetaban por más que hombre mortal; últimamente, confederados y enemigos creian que tenía divino instinto, ó que por especial favor de los Dioses le salia bien cuanto intentaba. Pero él, acabada felizmente esta empresa, se encamina á otros lugares; toma algunos de ellos que quisieron resistirle; los más, que por el ejemplar de Capsa halló desiertos, fueron entre-

gados á las llamas; con lo que todo se llenó de muertes y de llanto. Ultimamente, habiéndose apoderado de gran número de pueblos, y de los más sin derramar una gota de sangre, resuélvese á otra empresa, no de tantos embarazos, pero de igual dificultad á la de Capsa. No léjos del rio Muluca, que era el lindero de los reinos de Jugurta y Boco, se elevaba en medio de una gran llanura un monte formado de peñascos, harto espacioso y sumamente alto, en que habia una mediana poblacion, sin más que una entrada muy estrecha; porque todo él era por su naturaleza un precipicio, como si se hubiera hecho á mano y de propósito. Esta conquista deseaba hacer Mario con el mayor empeño, por saber que Jugurta tenía allí sus tesoros, y aunque el pensamiento le salió bien, se debió más á una casualidad que á su prudencia. Porque el lugar estaba muy abastecido de gente, de armas y provisiones; tenía agua viva, y no podian abrirse alderredor trincheras ni levantarse torres ni otras máquinas: el camino sumamente angosto y cortado de un lado y de otro. Ni los manteletes se adelantaban sino con mucho riesgo y sin fruto alguno, porque apénas se acercaban á la muralla,

cuando el fuego y piedras que arrojaban los sitiados los abrasaban ó deshacian. Tampoco fuera de ellos podian los soldados mantenerse, por la desigualdad del terreno; ni áun cubiertos andaban sin peligro. Los que querian señalarse, caian luégo muertos ó heridos, con lo que se aumentaba el miedo de los otros.

Mario, despues de haber perdido mucho tiempo y trabajo, andaba vacilante y dudoso si abandonaria la empresa, visto que nada adelantaba, ó si permaneceria en ella esperando el favor de la fortuna, que tantas veces habia experimentado. Pero despues de haber muchos dias y noches andado inquieto entre estas dudas, sucedió acaso que un Ligur, soldado raso de las cohortes auxiliares, habiendo salido de los reales por agua, advirtió no léjos del sitio por donde el lugar se combatia, que serpeaban entre aquellas peñas algunos caracoles; y habiendo cogido uno ú otro, y despues en más cantidad, embebecido en esto, fué poco á poco subiendo casi hasta lo más alto del monte; y asegurado de que no habia por aquella parte gente, púsose, como es natural, á registrar por curiosidad aquel país nuevo. Habia, por for-

tuna, en el mismo sitio una grande encina entre las peñas, en parte algo inclinada, el resto derecha y erguida, segun la naturaleza de todo vegetable. El Ligur, asido unas veces á sus ramas, otras á los peñascos que sobresalian algun tanto, forma en su idea muy á su salvo el plano de la fortaleza, porque todo el pueblo estaba en el opuesto lado atento á los que combatian; y habiendo explorado bien cuanto hizo juicio que despues podria conducir, vuelve á bajar por el mismo camino, pero no ya sin cuidado, como á la subida, sino tanteándolo y examinándolo todo. Vase despues de esto en derechura á Mario, cuéntale el suceso, y le exhorta á que dé un tiento á la plaza por la parte por donde él habia subido, ofreciéndose á guiar la gente y acompañarla en el peligro. Mario envia con él algunos de los que se hallaban presentes para examinar su propuesta, de los cuales unos vuelven diciendo que era empresa difícil, otros que no, segun que eran más ó ménos animosos. El Cónsul, no obstante esta variedad, entró en alguna esperanza del suceso, y así escoge entre los trompeteros y cornetas del ejército cinco los más ágiles; dales para su defensa cuatro compañías, mandando que al dia siguiente, señalado para la ejecucion, estén todos á las órdenes del Ligur.

Cuando á éste, segun el designio que habia formado, le pareció tiempo, dispuesto y prevenido lo necesario, encamínase al sitio. Los Capitanes, instruidos por su conductor, habian, junto con la tropa, mudado de armas y vestido: iban con la cabeza descubierta y descalzos, para ver más libremente y trepar mejor por las peñas: llevaban al hombro sus espadas y los escudos al modo de los Númidas, de cuero, así para evitar peso, como porque hiciesen ménos ruido, si acaso se encontraban. El Ligur iba delante, poniendo cuerdas en las peñas y en los raigones viejos de las matas, á fin de que afianzados en ellos los soldados, tuviesen ménos dificultad en el subir. Alguna vez daba la mano para ayudar á los que veia temerosos por lo agrio del camino: donde la subida era más difícil, los iba enviando delante uno á uno sin armas; luégo subia él con ellas, explorando muy cuidadosamente los parajes de dudoso apoyo; y subiendo y bajando muchas veces, y dejando luégo el lugar desembarazado, alentaba á los demas para que subiesen. Al fin, despues

de una grande y prolija fatiga, llegan á la plaza, que hallaron por aquel lado desamparada, porque toda la gente estaba, como los dias pasados, empleada contra el enemigo. Mario, sabido por los avisos que le daban el estado de la empresa, aunque todo el dia habia tenido á los Númidas ocupados en la defensa, entónces, exhortando á los soldados, preséntase al enemigo fuera de los reparos, formando con los escudos una concha de tortuga; y hace que al mismo tiempo las máquinas y los ballesteros y honderos disparen desde léjos, para desviar de la muralla al enemigo. Pero los Númidas, como habian ya otras veces trastornado y pegado fuego á los manteletes, no cuidaban de resguardarse con las almenas de la muralla, sino que de noche y áun por el dia combatian á cuerpo descubierto, maldiciendo á los Romanos, tratando á Mario de loco, y amenazando á los nuestros con que serian esclavos de Jugurta: en suma, la prosperidad los habia hecho insolentes. Entre tanto, cuando estaban más empeñados los Romanos y los enemigos en la accion, peleando con el mayor esfuerzo, unos por la gloria y el Imperio, otros por la libertad y por la vida, suenan de repente por

el opuesto lado las trompetas; y al principio echan á huir las mujeres y los niños, que se habian adelantado para ver el combate; despues otros, segun estaban más cerca de la muralla; y últimamente todos, armados y desarmados. Visto esto por los Romanos, cargan con mayor fuerza y desbaratan á los enemigos; hieren á los mas de ellos, sin acabarlos de matar: despues, ansiosos de gloria, rompen peleando derecho al muro por encima de los caidos, sin detenerse nadie en el despojo. De esta suerte habiendo la fortuna enmendado la temeridad de Mario, su mismo yerro le concilió alabanza.

Miéntras pasaba esto, llegó á los reales con un gran cuerpo de caballería el cuestor Lucio Sila, que se habia quedado en Roma para recoger los socorros del Lacio y de los confederados. Pero ya que nos presenta el asunto á un varon tan grande, razon será decir aquí algo de su natural y sus costumbres, pues no hemos de hablar de esto en otra parte, y porque juzgo que Lucio Sisena, que es quien mejor y con más exactitud ha tratado de sus cosas, habló con ménos libertad de la que conviene á un historiador. Fué Sila de gente patricia, de una familia casi del todo obscu-

recida por la flojedad de sus mayores. Sabía igualmente las lenguas latina y griega en el más alto grado: era de grande espíritu, amigo de placeres; pero más de gloria: vivia en tiempo de ocio delicadamente; pero jamás descuidó por eso de lo que estaba á su cargo, bien que en cuanto á su mujer pudiera haberse portado con más decoro. Era afluente, astuto, accesible á los que querian su amistad; de una increible profundidad de ingenio para disimular: daba francamente cuanto tenia, y especialmente el dinero; y con haber sido el hombre más feliz de cuantos se conocieron, jamás fué su fortuna superior á su merecimiento; de suerte que dudaban muchos si era más esforzado ó venturoso. Hablo de él ántes de la guerra civil, porque lo que despues hizo no sé si causa más vergüenza ó fastidio referirlo.

Sila, pues, habiendo, como se dijo ántes, llegado á Africa y á los reales de Mario con la caballería, siendo así que hasta entónces ignoraba enteramente el arte militar, se aventajó muy presto en su pericia á todos. Llegábase á esto su cortesanía y liberalidad con los soldados, á quienes daba cuanto le pedian, y á muchos áun ántes: él nada admitia

sino con repugnancia; y si admitia, era más puntual en pagarlo que si fuese empréstito, descuidando enteramente de recobrar lo que á otros daba, y procurando á toda costa que le debiesen más. Gastaba chanzas, y trataba asuntos serios áun con las gentes más humildes: asistia con frecuencia á los trabajos, á las filas, á las rondas, sin tomar jamás en boca (como suelen hacer los ambiciosos) al Cónsul ni á sujeto alguno acreditado, ni poner la mira sino en que nadie se le aventajase en prudencia ni en valor, y en adelantarse á todos. Por estos medios muy en breve se granjeó la benevolencia de Mario y de los soldados.

Jugurta, despues de haber perdido á Capsa y á otros lugares fuertes é importantes, con gran parte de sus tesoros, envia á decir á Boco, «que pase cuanto ántes con su ejército »á Numidia: que era ya tiempo de obrar:» mas viendo que éste lo diferia y buscaba pretextos dudando si abrazaria la paz ó la guerra, cohecha de nuevo á sus confidentes, y ofrécele la tercera parte de su reino si se lograba echar á los Romanos de Africa ó se ajustaba la paz sin perder nada de sus Estados. Inducido con esta promesa Boco, váse á